XII.

Miguel estaba aterrado, estupefacto. Creyò volverse loco ante aquel suceso inaudito, inverosímil.

Cada soldado, oyendo silbar las balas en torno suyo y caer compañeros á su lado, disparaba su arma sin saber á donde, creyendo tener el enemigo á su alrededor, en todas partes; y lo peor era que no había ni por donde huir, perdidos como estaban en el fondo de la selva.

En tanto á su frente reaparecía el enemigo y tornaban á alzarse feroces y terribles aquellos extraños gritos de guerra:

—¡Viva el gran poder de Dios! ¡El poder de Dios nos valga!

Un joven, apenas de 18 años, agazapado tras de un arbol, se batía y gritaba también furioso y heróico:

—¡Viva el 9º Batallón! ¡A nosotros que nos valga nuestra Señora de Guadalupe!

El enemigo oculto perfectamente tras de los árboles prosiguió avanzando de árbol en árbol y de roca en roca, saltando con una agilidad prodigiosa, precipitándose como tigres en medio de la granizada que tronchaba las ramas y hacía saltar en astillas las piedras.

Ya se empezaba á ver al enemigo, hombres altos y melenudos, de pantalones remangados y blusas blancas cruzadas por cananas, y sombreros de paja con lienzos blancos,

Se les descubría al frente, saltando de un lado á otro; á veces solo se veìan asomar entre el ramage los cañones de acero de las carabinas que envolvían el árbol en una nube de pòlvora.

Aquel heróico soldadito de 18 años, apuntò á un hombre que à unos 8 pasos de él hacía fuego; pero éste de un gran salto quedó á su frente y allì á boca de jarro le disparó en el pecho la carabina. Cayó el soldado de espaldas y en ese instante una bala rompiendo la rodilla de su enemigo le hizo caer á su lado; inmediatamente se incorporò este, preparando su arma; pero al ver que el moribundo, haciendo el ùltimo esfuerzo le apuntaba aún vagamente si poder tirar del llamador, le apuntó á su vez, descargando de nuevo sobre èl su carabina en el instante en que el otro lograba disparar tambien su fusil.

Los dos valientes quedaron muertos instantáneamente, uno al lado del otro.

Si hubiesen entonces seguido el movimiento de avance, los combates cuerpo á cuerpo hubieran seguido, con ventaja de los federales; pero ya la desorganización era completa.

Las tres secciones de la primera columna estaban mezcladas y ocupando un gran espacio, por lo que no escuchaban las ordenes, sino unos caantos.

Era imposible verdaderamente seguir adelante en aquel desórden, aunque se conocía que el enemigo, escasísimo en número podía ser arroyado, si se intentase un empuge; pero el desaliento y el cansancio eran inmensos, y sobre todo hacían fuego sobre ellos á su retaguardia, silbando las balas en todas direcciones.

En el momento en que el capitán, jadeante de fatiga,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

con el rostro enrojecido; con voz apenas inteligible por la cólera gritaba dando órdenes, un sargento le comunicó muy conmovido, que el teniente Pablo Yepez que mandaba la primera sección, estaba herido de muerte.

Casi al mismo tiempo se retiraba del combate el subteniente Delgadillo, con una pierna atravesada por una bala.

Castorena enfurecido, corría de un lado á otro, haciendo volver á su puesto á los que lo abandonaban multiplicándose en medio del desórden, sublime verdaderamente en la ira noble que manifestaba.

—¡Pero con una caramba, que no nos sigan tirando aquellos brutos!

—Oh! nos estamos fusilando nosotros mismos! ¡Qué sucede pues!—le contestó Miguel admirado de aquel valor que no le suponía. Y era, en efecto, que aquello se convertía en una catástrofe espantosa.

El fuego á retaguardia aumentó y como caían heridos y cadáveres y como no se obedecía á nada ni á nadie, se hizo sentir un terror pánico.

Los soldados en dispersión principiaron á huir arrojando las maletas.

¡Era el sálvese el que pueda!

La consternación de la derrota contagiando à los màs animosos, hizo retroceder á toda carrera y sin rumbo fijo á los soldados, que se reunían temblando y azorados, en los sitios mas lejanos del cruce de las balas.

Miguel en aquel instante crìtico sintió un arranque de suprema indignación y suprema cólera.—Ah! con que así se perdían las batallas y era la explicación de las hecatombes! ¡No era esa la guerra con que había soñado al leer la historia de las grandes campañas històricas!

Tuvo al fin que retroceder, él también, contaminado por el temor, en tanto que allá en lo alto, la sección que les hacía fuego se retiraba en desorden, suspendiéndolo.

Castorena, de piè sobre una roca, sin kepí, agotados sus cien cartuchos disparados pródigamente, blandiendo feroz su carabina, loco, amenazaba *romperles el alma* á los que corrían, los que no le hacian caso, perdida toda moral y disciplina en el vértigo de la derrota.

—¡No corran, no corran,! ¡Media vuelta y á ellos! ¡Viva el noveno!

Miguel, enternecido y avergonzado, pasó junto á él abrigándose tras de la peña que le servía de pedestal, tratando de convencerlo de su inútil temeridad. El no le hizo caso y llorando de rabia:

—Vengan, vengan acá, en campo raso, cobardes!—repetia, completamente ronco.

El capitan Molina había logrado reunir entre los que retrocedían, algunos valientes que formaban tras compacto grupo de arbustos, un núcleo de defensa, una fortaleza heróica que acogia á los que quisiesen resistir.

—Eh! Castorena, Mercado, por aquí, *agáchense, agáchense*!—les gritó.

Los dos, uno tras otro, con la carabina en la mano, corriendo de abrigo en abrigo, remontaron el cerro, oyendo los gritos salvajes de ¡Viva Nuestro Señor Jesucristo! ¡Viva María Santísima!

En el improvisado reducto en que se defendía aquel pelotón de soldados, se hacía con ventaja muy dura resistencia; cerca de èl había tres cadáveres de *tomoches*.

Por entre las piedras y rocas amontonadas naturalmente entre los troncos de los pinos que se elevaban recta-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

mente hácia el cielo, se veian los kepis y las puntas de las bayonetas, que centelleaban á los rayos del sol que penetraba á través del alto ramage, cuyas hojas descendían despedazadas por las balas enemigas.

Al fin lograron llegar y Miguel, extenuado, se echò en el suelo decidido á que lo mataran allí, pero descansando un poco.

Sentía un calor de intierno y sudaba á chorros. Hubiera dado su porvenir en ese instante por un trago de agua.

Eran las once del dìa.

Allí arrodillados, ó *pecho á tierra*, quince ó veinte soldados, cuatro oficiales y el capitan hacian fuego, cazando á los enemigos que podían ver; pero estos ó habían retrocedido ò cargaban sobre la 2ª columna que debìa estar á un costado, pues hácia ese rumbo el traqueteo de las detonaciones redoblaba.

Un grupo de hombres de la segunda columna, pasò à lo léjos huyendo entre los árboles; un oficial á la cabeza gritaba en el estruendo decreciente de las descargas:

—¡Viva el once fino!....¡viva el once fino!

—¿A donde va Vd. compañero?—le gritó el capitan, corriendo para ir á cortarle el paso.

—Señor, á tomar mejor posición posible á retaguardia, porque....

—Vaya Vd. á su puesto inmediatamente!

El oficial, avergonzado, regresó lentamente, agazapándose entre los árboles.

Era el que en la mañana se lamentaba de *quedarse sin tajada*!

La segunda columna que quedó á retaguardia de la primera avanzó tomando la izquierda de ésta, dejando entre

ambas un intervalo considerable, recibiendo orden de desplegar en tiradores *unicamente* su primera sección; sus otras dos secciones permanecieron en lo alto, mientras aquella adelantaba sus alas para proteger un ataque de flanco.

Y en efecto, mientras la primera columna era asaltada de frente, la segunda lo fué por la izquierda.

Los mismos accidentes del terreno, la misma naturaleza salvaje y abrupta dió á este combate el mismo aspecio del que se libraba á la derecha.

Aquellos valientes montañeses lanzaban sus gritos terribles y con certeza prodigiosa repartían la muerte.

—¡Mueran los pelones! (1) ¡Viva María Santìsima!—tambien gritaban por aquel lado.

Las dos columnas paralelamente debian descender por el cerro y desde la base de este dirigirse á tomar las primeras casas del cerro, llevando como reserva la tercera columna, protegidos todos por la pieza.

Los tenientes coroneles que mandaban cada una de estas, daban ordenes á retaguardia de ellas, recibiendolas á su vez, del General en Jefe por conducto de los *nacionales*.

Pero el intervalo entre las dos primeras columnas fué demasiado grande, por lo que sucedió que un pelotón de audaces tomochitecos logró intercalarse en el intervalo haciendo fuego sobre sus flancos y tomando en parte la retaguardia de la sección desplegada que al verse batida por tres fuegos, desesperada contestó en la angustia de su situación en el bosque, haciendo fuego á todos lados.

Las secciones de retaguardia sintiendo llegar á través

---

(1) Así suelen llamar en los pueblos de la Sierra de Chihuahua á los soldados federales.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

de la espesura, un huracán silbante de balas, desplegaron en desorden y en desorden dispararon hácia abajo aniquilando las secciones del frente.

¡Aquello fué el caos de la muerte, el momento de la desesperación infinita! Ni una voz de mando que se escuchara, nadie que se comprendiese.

Había heridos en la espalda, muertos con las sienes atravesadas, cadáveres con las frentes hechas pedazos.

La confusión era espantosa, la pòlvora cegaba por completo y los hombres rodaban entre las piedras; mientras los enemigos, sin llevar las carabinas al hombro, sino colocandolas bajo el brazo rápidamente descargaban.

Mandaba la primera sección de esta columna, el capitan 2º Emilio Servín, joven delgado, de rostro huesoso, bigotito castaño y ojos pequeños y brillantes, sumamente bilioso y colerico.

Al ver aquel gran desorden y à su gente corriendo en todas direcciones, sin saber á punto fijo por donde estaba el verdadero enemigo, lleno de rabia renegando y golpeando con su carabina á los que huían, estaba furiosísimo.

¡Entren cobardes!.... Viva el Gobierno!.... ¡No corran ca....nallas!—vociferaba, rojo de colera y con los ojos saliendose de las orbitas.

—Siganme, no sean cobardes,—y sin reflecionar, impulsado por una rabia inaudita, saltó temerariamente por entre los matorrales, llegó à un gran claro que se hacía en el monte y allí, á descubierto, soberbio, hizo fuego sobre uno de dos enemigos que saltaban hácia lo alto.

No tuvo éxito y cayó atravesado de una bala en el pecho, y como al pasar junto á él, aun moribudo, les lanzara una blasfemia, le dispararon otro tiro que le atravesó una pierna.

¡Rara coincidencia! Domingo Alcérreca, capitán 2º de la primera columna, impulsado por el huracán de dispersión que en ese momento tambien soplaba sobre ella, había llegado al mismo punto y allí junto à su infortunado compañero cayó atravesado el cráneo por tres proyectiles.

Tambièn los Tenientes Coroneles de las columnas, Gallardo y Villedas eran casi al mismo tiempo y en diferentes puntos, el uno atacado ferozmente de cerca y salvado por su asistente y el otro herido en la cabeza, cerca de la frente.

La dispersiòn fué inevitable y fatal, cada uno escapaba por donde podía, sin rumbo fijo, sin dirección alguna, saltando por entre los cadáveres y abandonando los heridos, que retorcian los brazos, incorporándose desesperados en las mas lamentables posturas.

El campo erizado de rocas enormes, poblado de altos pinos, quedó regado de armas, cadáveres, heridos y maletas.

Un *guión* tirado cerca del cabo que lo portaba, semejaba con su lienzo rojo, un gran charco de sangre escarlata, que hacia aun mas palido el rostro del cadáver que yacía á su lado, con la boca abierta y los ojos mirando inmóviles el cielo.

Cesó el estruendo de las descargas; solamente uno que otro tiro que repercutían los ecos de la sierra ó la detonaciòn tremenda del cañón que aun vomitaba proyectiles sobre el pueblo, se escucharon.

Había terminado el combate.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.